

Uribe en crepúsculo



No se rinde
María Isabel Rueda

Después de tantas batallas, a estas horas Álvaro Uribe debería estar cuidando de sus nietecitos, enseñándoles el truco de tomar tinto sobre el caballo sin regar ni una gota, y caminando de la mano con doña Lina, observando los coloridos atardeceres en El Último.

Pero no, su casta política es bravía. No le ha bajado a su presencia pública, que lo ha mantenido incesante e inclementemente bajo la lupa de la opinión pública. A ello se le puede adjudicar la ofensiva jurídica sin precedentes con la que se lo viene persiguiendo para pararlo y sacarlo del ring, pero el hombre continúa en el combate.

Fácilmente Uribe suma ya, a sus ocho años de gobierno, los primeros cuatro de Santos, más los cuatro de Duque. Eso da 16 años. Por ello con frecuencia se lo compara con Núñez, que en eso le queda corto, porque solo gobernó, directa o indirectamente, 12 años. Sirve más comparar a Uribe con el gran caudillo latinoamericano Porfirio Díaz, quien gobernó a México por más de 30 años.

Pero no es claro que en las próximas elecciones Uribe logre perpetuarse. Está trabajándole a la escocencia de un candidato que le guste a todas las facciones del partido, lo cual no parece fácil. Sobre ello influirá un factor poco conocido: la pelea velada que mantienen Álvaro Uribe y su grupo de adeptos contra los partidarios que tiene en el partido el presidente Iván Duque. No son los mismos ni piensan igual.

A veces esas diferencias se le han 'chispeotado' hasta al propio Uribe. La más reciente, conminar a

Duque con esta frase: "Si yo fuera el Presidente, asumiría el orden público de Bogotá y Cali". Entre Duque y Uribe han surgido diferencias nada pequeñas de estilo y hasta de fondo, y grandes rivalidades. Los uribistas purasangre acusan hoy a Duque de no estar gobernando como prometió que lo haría en campaña.

Por esa división hay en este momento una intensa guerra entre las dos vertientes que existen en el interior del Centro Democrático. Y aunque a Uribe no se lo ve dispuesto todavía a ceder el timón, este exceso de presencia que aún mantiene como jefe de su partido y hasta hace poco como congresista lo está castigando con lo que se llama en el mundo de la aeronáutica fatiga de metal. Y consiste en que el aparato, en este caso Álvaro Uribe, empieza a hacer grietas, y por ahí a perderse los líquidos necesarios para el perfecto funcionamiento de la maquinaria.

Parte de esos líquidos se le escaparon cuando, en presencia del padre De Roux, comenzó a proponer amnistías e indultos: a la loca, impracticables bajo el derecho internacional; el presidente lleva días patinando en una especie de barrizal en su intento de explicar su propuesta.

Por ese protagonismo permanente que ejerce, ha sido incapaz de organizar relevos en la cadena de su liderazgo, y hoy enfrenta las peleas internas de un grupo de precandidatos del Centro Democrático, unos mejores que otros, que parecerían estarse peleando por comprar tiquetes para viajar en el Titanic. Hoy dos nombres se disputan con más posibil-

idades la candidatura oficial del Centro Democrático: Oscar Iván Zuluaga y María Fernanda Cabal. Un mecanismo de encuestas va a definir cuál de los dos se queda con la corona. Pero pocos creen que el coronado vaya a llegar a la Presidencia de la República. Antes de eso tendrá que participar en una consulta popular de centroderecha, donde Federico Gutiérrez va a ser un gallo de pelea.

Y no es que Uribe no sea siendo tan inteligente, terco, persistente y patriota como en sus mejores días. El problema es que después de 20 años en que el uribismo y el anturibismo han impuesto la agenda política, los colombianos quieren ver algo nuevo bajo el sol. Tan consciente será de ello que por ahí ha reconocido que su apoyo puede resultar tóxico para cualquier candidato que pretenda apoyar.

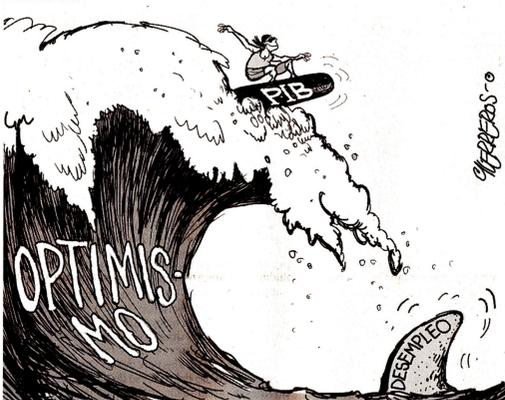
Belsario decía que él no sabía si había sido un buen presidente, pero de lo que sí estaba seguro es de que era un excelente expresidente. Con Uribe sucede exactamente lo contrario. Fue un gran presidente, especialmente en su primer periodo, pero ha sido un expresidente demasiado complejo y controvertido.

Es algo parecido a lo que le pasó a Churchill en 1945, quien, después de derrotar a Hitler, perdió las elecciones. El eslogan de su contricante, Clement Attlee, era: "Thank Churchill, vote Attlee" ('Agradézcale a Churchill, pero vote por Attlee'). Y creo que esa es la situación actual. A Uribe hay que agradecerle todo lo que ha hecho por Colombia, pero no tiene por qué aplazar más su bien merecido retiro.

Entre tanto... Increíble la habilidad de Ernesto Samper. Convenció a unos expresidentes jubilados para que dijieran que el documento en el que los hermanos Rodríguez Orejuela avalan con su propia firma su versión de que Samper sabía ¡es falso!

EN CARICATURA

Buena ola



Tubo de ensayo
Thierry Wajcs

'Calle Luna, calle Sol'

Hablar de inseguridad urbana con datos no es fácil, pues la mayoría de los robos, atracos, extorsiones y demás delitos que enfrenta la ciudadanía no son reportados y no engrasan las estadísticas. Las autoridades siempre podrán escudarse en el argumento de que, de acuerdo con las cifras, las cosas no están tan mal. Pero, paradójicamente, eso puede significar lo contrario: que la gente está tan resignada al crimen que no se molesta en denunciarlo.

Y la tecnología proporciona otra excusa: que la ubicuidad de cámaras de celulares y de vigilancia, sumada a la viralidad de las redes, hace más notorios los delitos e incrementa la percepción de inseguridad sin que esta haya aumentado de verdad.

Sin embargo, no creo que lo que acaba de reportar Inveramer en su último estudio sea una simple impresión descajonada de la realidad. Según la encuestadora, casi todos los colombianos, el 96 %, consideran que la seguridad está empeorando. Las cifras de homicidios corroboran que estamos en un mal momento: en los primeros cinco meses del año hubo 27 % más asesinatos que el año pasado. Y si bien 2020 fue un año irregular por la pandemia, al comparar con 2019 también estamos por encima un 7 %.

En todas las ciudades del país, el miedo es palpable. Parece que en ningún lugar se está salvando: ni en los restaurantes, ni en los centros comerciales, ni en los edificios ni en TransMilenio. La obediencia ya no es garantía de salvar la integridad: en varios casos, los delincuentes han agredido a las víctimas gratuitamente, sin que estas hubieran opuesto resistencia. La que podría ser la canción de la temporada sonaba anoche en una terraza en la que nunca pude relajarme por la sensación de vulnerabilidad que produce estar afuera últimamente: *Calle Luna, calle Sol*, de Willie Colón y Héctor Lavoe. "Oiga, señora, si usted quiere su vida / Evitar es mejor, o la tienes perdida / Mire, señora, agarre bien su cartera / No conoce este barrio, aquí asaltan a cualquiera".

Preocupado sobre todo, la poca capacidad que demuestran las municipalidades para enfrentar el fenómeno, que tiene características distintas -y por tanto requiere medidas distintas- que otras formas de violencia, como el asesinato de líderes sociales. Además del riesgo para la vida de las personas, la inacción frente al crimen tiene consecuencias políticas y económicas.

En cuanto al económico, la inacción frente al crimen tiene consecuencias políticas y económicas. Políticas, porque ninguna sociedad tolera la inseguridad por demasiado tiempo. Tarde o temprano cae eligiendo a un mandatario de mano dura que prometa solucionar el problema por las buenas o por las malas. Sigamos sin hacerle caso al crimen y no tardará en aparecer el Duterte cierto que ofrece encargarse del asunto. No le faltará apoyo popular.

En cuanto al político, el aparato empresarial internaliza los costos de la criminalidad. Así como las personas, las empresas también se adaptan al riesgo. Gastan en cámaras, alarmas, monitoreo, guardias, escoltas y extorsiones. El otro día fui a hacerme el examen médico para sacar el pase en la sala de espera yo era el único haciendo ese trámite: todos los demás estaban ahí porque necesitaban un salvoconducto para un arma de fuego. Ese sobrecosto de defensa que asume el sector productivo, y que el Estado debería prevenir, deteriora la competitividad del país, hace más caro invertir en él, por tanto, repercute en el empleo y la pobreza. Un funesto círculo vicioso, cuando lo que necesitamos es reactivar la economía.

¿Y cómo reactivarla si la gente tiene temor de salir de su casa? La inseguridad urbana necesita convertirse en uno de los temas prioritarios de la campaña presidencial. Es una desalentadora ironía que, en lugar de un desenfalle, lo que viene después de las cuarentenas del covid lleva la cuarentena del miedo.

@twajcs / tde@thierrywajcs

Hydroituango y el cohete Challenger



Un enfoque errado
Sergio Clavijo

¿Qué tienen en común las tragedias de Hydroituango (HD) y el estallido del cohete Challenger (CC) en 1986? Que en ambos casos hubo error humano en apreciación de riesgos relacionados con la interacción entre la ingeniería y la madre naturaleza.

En el primer caso, esos errores han implicado lucro escaso, sobrecostos y atrasos en la provisión de energía (15 % del potencial nacional). Pero allí no hubo ningún muerto y, que se sepa, ningún dolo, y muestras de corrupción de las directivas de EPM, los mandatarios territoriales o el cuerpo técnico que manejó tan complejo proyecto.

Y, sin embargo, la Contraloría ha concluido que muchos de ellos deben ser condenados pecuniariamente a nivel personal y con pliego de cargos para entorpecer su futuro profesional o aspiraciones políticas. Esto solo ocurre en Colombia, donde organismos de control gustan de 'justicia espectáculo', habilitados como jueces supremos basados en autopertinencia, sin experiencia en macroproyectos de ingeniería.

En cambio, el estallido del CC mató a toda su tripulación (7 en total), paralizó actividades espaciales por 3 años y condujo a reestructurar la NASA. Y la Comisión Rogers encontró múltiples fallas de criterio y supervisión de tiempo atrás: problemas en juntas tóricas que a bajas temperaturas colapsaron; errores de diseño (sin paracaídas en escotillas de escape), opacidad en reportes de contrastistas.

ciones climáticas adversas para el despegue; les ganó la presión del cronograma plurianual. Pero a nadie se le ocurrió que futuros errores se evitarían crucificando públicamente a unos cuantos.

En Colombia, varias decisiones técnicas también han salido mal: la de represar agua en montañas muy encajonadas (HD); pensar que sería negocio duplicar la capacidad de refinería (Reficar), hoy con TIR a la mitad de la deseada; o mezclas en losas de concreto (autopista Norte, Bogotá). Pero la justicia-espectáculo de Colombia procedió a meterlos a la cárcel, incautarles sus sueldos y dañarle sus hogares de vida.

¿Cómo deben proceder gerentes y miembros de junta que heredan proyectos mal concebidos, teniendo que 'costos hundidos' por evaluarlos? El veredicto factual de las 'asustaduras' en Colombia ha sido que si algo salió mal (previsible o no, innovador o no), algo deben pagar por ello viajando con su propio bolsillo para generar 'escarmiento'.

Este es un enfoque errado y políticamente peligroso, pues la función innovadora queda abolida, al tiempo que paralizan obras rescatables (HD). Pero claro, si la métrica de triunfo es inventariar elefantes blancos, pues ello les dará réditos políticos a las 'asustaduras'. Nada de esto ayudará al aprendizaje y, además, espantará del sector público a técnicos bien entrenados. ¿Acaso deben ser estos los objetivos de los organismos de control: pavimentar carreras políticas?